

al pobre niño, conocí que todo se había acabado, pareciéndome que el corazón se me caía de las manos con la carta.

«Tengo la satisfacción de anunciaros que todo va bien en mi casa. Decidlo en la vuestra. Padres y nuestra madre han sido muy buenos con una pobre muchacha como yo. Es lástima

XLIV.
Volví a casa maquinalmente: cuando llegué, la niña no había despertado aun, fui en derechura al armario. Cogí mis zapatos finos, mis pendientes, mi cinturón con nudos de cinta, mi cofia de encajes, mi collar, mi vestido de seda, y de todo hice un lío bien hecho con una servilleta blanca, sin marca, lo llevé a la iglesia de Voiron cuando no había nadie, y lo coloqué, sin que me viera el sacristán, sobre el altar de la Santísima Virgen. Había prendido en la servilleta con un alfiler un pedacito de papel en que se leía: *ex voto!*

Yo me decía: no hay que guardar cosa alguna de estos trajes engañosos de fiesta y de desposorios: te traerían a la memoria tu infidelidad al señor Cipriano y tu desgracia: te inducirían a pensar segunda vez en el matrimonio, quizá en abandonar á tu hermana, y en romper tu voto. No estarias tranquila jamas mientras tuvieras esas galas en tu casa. Démoslas á Dios, de quien no se vuelva á recibir nada, ¡y que todo se acabe!

Cuando volví, la niña me pidió que se las enseñara; y yo la dije lo que habia hecho. Ella no lloró por la pérdida de tan hermosas prendas; saltó sobre mi cuello y me dijo:

—Bien, has hecho bien, Genoveva; te quiero mas á tí desnuda, que á tu adefesio de seda con el cual casi te desconocía anoche. Mientras hubiese sabido que estaban en el armario tus vestidos de novia, hubiera creído siempre que te ibas á casar un día ú otro. ¿Á que no lo haces ahora? ¿quién se enamoraria de tí con tu vestido de lana y tus zapatos de nogal?

Aquella niña se pegó á mí como mi camisa desde aquel dia. No contaba mas que doce años y medio, pero tenia tanto ingenio como otras á los quince; frecuentemente me hacía llorar y reír á un tiempo. Se hizo tan buena como un ángel, y hermosa como

una virgencita de cera. Pero tenia su vanidad, es cierto; cuando yo no encontraba mi espejo en la ventana, no tenia necesidad de buscarlo, ya sabia donde estaba; y ademas, es preciso ser justo, todo el mundo en la calle y en Voiron lo repetia sin cesar, que era la mas hermosa del pais, y la llamaban ya la bella encajera. Esto es malo para las jóvenes, señor, principalmente cuando son huérfanas de padre y madre.

XLV.

Escuchad lo que ocurrió señor. La familia de Cipriano me contestó por el mismo muchacho, que estaba bien, y que Cipriano no vendria mas á Voiron.

—¿Y él, qué estaba haciendo? pregunté al mensajero.

—Oh, señorita, no hacia nada, daba con su palo en la pared del establo y vertia por sus ojos gruesas lágrimas!

No supe mas que esto por entonces.

XLVI.

Pasamos dos años y medio sin oír hablar el uno del otro, como si los dos hubiéramos muerto. A haberme visto otra vez, de seguro no me habria conocido, pues mi hermosura de una primavera, se habia marchitado con mi pena, mis colores habian desaparecido como el colorete despues de pasarle un paño; trabajaba hasta tarde, me levantaba temprano, lloraba por la noche, tomaba un alimento escaso, para reunir el equipo de Pepita y para pagar su aprendizaje; no iba ya á los prados, ni veia el sol mas que en la pared de la habitacion, un momento por la tarde; me habia quedado tan delgada que los vestidos se me caian de los hombros y la sortija de mi dedo; habíame encorvado, como veis, á fuerza de coser; no dejaba de pensar en Cipriano, mientras cosia, y aun solia decirme contra mi voluntad: ¿qué hará en este momento? ¡Ay! si me encontrase, ¿qué diria? No le pareceria ser un sueño eso de haber estado enamorado de una pobre muchacha, que se

acomodaria muy bien dentro de la corteza de un abeto de doce años?

Las vecinas me decían: «Te consumes, Genoveva, como la cera que arde por la noche; ¡no trabajes tanto, hija mía!» Pero no era el trabajo, no, lo que más me dañaba, era que me faltaba la alegría.

A mí me parecía, sin embargo, que no amaba ya al señor Cipriano, verdad es que no oía á nadie pronunciar su nombre. Mi corto tráfico, aumentado con el trabajo de costurera de cosas ordinarias que había emprendido, no iba mal. Los días de feria y de mercado muchas campesinas de la montaña venían á abastecerse á mi casa. Les vendía cintas, encajes para las cofias, les cortaba vestidos á la moda de su país, me compraban collaritos, pendientes de piedras falsas, sortijas de latón, cadenas de acero para atar sus tijeras y otras mil cosas. Ellas decían: «Vamos á casa de Genoveva que vende barato y tiene de todo. Y no da vergüenza entrar en su tienda como en las de esas ricas comerciantas de la calle Mayor; no tiene orgullo, es agradable con los pobres.»

Esto decían, y esto era en efecto.

XLVII.

Un sábado, señor, un sábado por la mañana de la semana última del mes de noviembre, me hallaba sola en casa concluyendo un vestido para Pepita, que había de bailar al día siguiente en la boda de una de sus amigas, cuando ví entrar una muchacha de la montaña, tan hermosa que, á escepcion de Pepita, no había yo visto ninguna otra hasta entonces que lo fuese igual. Dos ancianas y un jóven como de quince años, que aparentaban ser su madre, su tia y su hermano, se habían quedado á la puerta mientras la jóven ajustaba varias cosas. Conducían dos borricos con alforjas, de las cuales el muchacho había sacado pan, vino y castañas, y puéstose á comerlo las montañesas en la calle.

La jóven miraba, tocaba y examinaba cuanto había en la tien-

da: sortijas, pendientes, cadenas de cobre dorado, encajes, sedas, zapatos de piel de cabra, nada había que le pareciese demasiado, y decía:

—¿Cuánto vale esto? ¿cuánto aquello? —
—Me llevo tantas varas de lo uno, tantas de lo otro; y además estas joyas, y estas cintas y esto y aquello.

Y como tenía un bolsillo sobre el mostrador, lleno de piezas de tres francos y de treinta sous, yo creía que realmente lo compraría todo.

Mientras tanto el hermano entraba, lo cogía y colocaba todo con mucho esmero en las alforjas de uno de los borricos.

—No es esto solo, me dijo con gracia y poniéndose colorada la hermosa compradora — señorita Genoveva; nos han dicho que cortais ropa de mujer, y quiero que me tomeis medida para tres vestidos, seis cuellos, dos cofias de encaje, un delantal y media docena de cinturones, y que veais cómo me están los pendientes y los collares.

—Con mucho gusto, señorita; entrad conmigo en la habitación, para que la gente no os vea desnuda por entre los cristales.

Y me siguió al interior de la casa en donde la descalcé para probarla los zapatos y la desnudé para ponerle los cuellos y la ropa nueva. ¡Ah! ¡qué hermosa criatura era! Tenía bonitos pies, lindas manos, hermosos hombros, un cuello blanco como la nieve, cabellos que le caían hasta las rodillas, un aire tan modesto y tan dulce, y un metal de voz que penetraba hasta el corazón. No me cansaba de mirarla, ella bajaba los ojos y yo me decía á mí misma: «Debe haber tenido muchos pretendientes.» Mas ¿quién sabe? Tal vez tenga un viejo rico, ó un viudo que echará de menos su primera mujer; ó acaso un pariente, un primo jóven, pero indiferente, que no la ama. El mundo tiene tantos azares que nunca corresponde el derecho con el rey.

Mientras estaba de rodillas atándola las cintas de los zapatos, la dije:

—Perdonad la curiosidad, señorita, ¿os vais á casar?

—Si— me contestó con aire firme y resuelto como de quien hubiera esperado mi pregunta y estuviese impaciente por responderme:—estoy desposada desde la primavera anterior y me caso la semana que viene.

—Ah!—reliqué mirándola con la voz como la miraba interiormente con mi corazón, pues tan amable me parecía;—ah! ¿y estais contenta porque os casais?

—Ya lo creo que estoy contenta! Preguntad en toda la montaña, si mi desposado no es el mejor muchacho del pais!

Concluí de atar las cintas y me levanté encarnada y sumamente satisfecha, porque servia á aquella hermosa jóven: la hice sentar sobre mi cama, recogí sus largos cabellos dentro de su cofia, la enganché los pendientes, la coloqué sobre el pecho el mas fino de los cuellos, alcancé el espejo de la ventana, se le puse en la mano y la dije:

—Miraos, y vereis si vuestro desposado se pondrá contento.

—Oh! no es por él, ¡me ama tanto! No necesita de estas cosas para contentarse. Es por la gente que vaya á la iglesia; es por hacer honor al pais, y que no se diga que las hijas de Montagnol están menos brillantes el dia de sus bodas que las de Valneige.

—Perdonad la pregunta, ¿sois de Montagnol?

—Sí, y me caso con un mozo de Valneige; es harto conocido en todo Voiron, y no me cabe duda que vos tambien le conocéis de vista y nombre, puesto que él es quien nos ha aconsejado que viniéramos á hacer nuestras compras en vuestra casa.

—¿Acaso el hijo del tio Cipriano? la dije.

A este tiempo temblaban mis dedos, de tal modo que, al tratar de prenderla el cuello con un alfiler, hubé de pincharla en su hermoso pecho hasta el extremo de hacerla saltar sangre. En el momento me puse mas encarnada que esta; luego me quedé tan pálida como mi pañuelo.

—¿Qué os pasa, señorita Genoveva, que temblais tanto?—me dijo limpiando su gota de sangre, pero sin enfadarse.

—Nada, señorita, la respondi; sino que siento tanto haberos pinchado sin querer. —Oh, Dios mio!—continué diciéndome á mi misma, al propio tiempo que seguia prendiéndola, bien que con mano torpe y los ojos turbios, ¿quién hubiera dicho que seria yo la que arreglase á la desposada de mi amante el traje que se habia de poner el dia de su boda, y que habiendo de quitarla el los pendientes y el broche del collar despues de la misa, será obra de mi mano lo que él tocará sobre el cuello de su esposa?

Quise volver á hablar por dos ó tres veces; pero no pude decir si, ni no; esto, no obstante, tuve gusto y pena al mismo tiempo en retener mientras pude á aquella hermosa mujer en mi habitacion, ya con un pretesto, ya con otro, y en ponérsela á Cipriano tan bella como supe.

—Tú sufres! me decia por lo bajo. —Bien, tanto mejor! ¿Por qué le has engañado? Es justo que ame ahora á una mas hermosa que tú, y que le ayudes con tus propias manos á que se vengue de tí.

Luego que hubimos concluido, se marchó la jóven, encargando á su hermano que volviera á buscar los vestidos y los delantales el sábado siguiente; y yo emprendí mi trabajo y le continué de dia y de noche, sin apartarse de mi imaginacion, durante una sola puntada, que lo que hacia era para Cipriano.

En aquellos dias no supe mas de él: lo cual era bien penoso. ¿No es verdad, señor?

Por último me dijo: —¡Ah! os he prometido contaros todo lo que os lo contare, cuando me supiereis.

XLVIII.

Pero debo decir en honor de la verdad, que la niña, al ver mi pena, sin que yo la dijese una sola palabra acerca de Cipriano, me consolaba mas cada dia con su gracia, el cariño que me tenia y su hermosura. Yo hacia con ella las veces de madre; ella conmigo las de hija; escepto que no me tenia el respeto que la autoridad de madre impone siempre al amor. Yo era para Pepita una madre que

ella habia escogido voluntariamente, y con la cual no habria tenido ninguna reserva, ninguna frialdad respetuosa: era su madre, su hermana, su amiga, todo en una pieza. Imaginaos lo dulce que seria esto para mí, que he educado aquella niña desde la cuna: era mi discípula, mi capricho, mi vanidad, mi idolo! Y por otra parte, señor, si supieseis qué cariño se toma á aquel por quien uno ha hecho sacrificios. Se le quiere como un avaro al interes de su dinero. Se hace uno esta cuenta: «Aquí he impuesto mi tesoro; es preciso que me valga todo lo que me ha costado.» Tal es el hombre; y tal era yo entonces. Debo decirlo ingenuamente; era ayara del corazón de Pepita.

XLIX.

«Cuánta filosofía me decía á mí mismo, oyendo á Genoveva, existe en el corazón sencillo y hasta en las espresiones de esta pobre mujer! La Bruyere ó Pascal no habrían concebido ni se hubieran espresado mejor.

El tiempo que dejó trascurrir entre el final de su relato, y el comienzo del que iba á continuar, fué el que aproveché para hacer la reflexion antecedente, pues Genoveva se detuvo algunos instantes como dudando si continuaria, y respiró dos ó tres veces con mas fuerza que de ordinario, como si necesitara emplear tal esfuerzo para mover un peso que la oprimia continuamente el corazón.

Por último me dijo: ¡Bah! os he prometido contaros todo, todo os lo contaré, aunque me haga verter lágrimas.

Habia trascurrido tiempo; Pepita cumplía diez y seis años por San Martin. Estaba formada para su edad, como una planta que no ha sufrido nunca, y que ha estado colocada siempre sobre una chimecha. No la hubierais echado menos de diez y ocho años. Su

alma se habia desarrollado como su rostro; sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, cantar, bailar, hacer encajes como la primera señorita del pais; tenia un aire y se daba una importancia de reinocita. Las señoras estaban celosas y decian: «Mirad esa Pepilla, es atrevida porque ve que es bonita; tiene la audacia de peinarse como nosotras, de llevar peinetá, pendientes con piedras falsas, collar de corál y guantes largos en los brazos, ¿quién no dirá que es hija de un confitero ó de un droguero por lo menos? ¿Y queréis saber quién es? Es la hija de un vidriero, que ni pan de trigo tiene en su casa, y sin embargo, se presenta insolentemente en público, vestida de verde y encarnado, y llevando la cabeza erguida á modo de girasol! ¿Qué pondremos á nuestras hijas para diferenciarlas de las tenderas, si estas llevan cuanto hay en sus tiendas sobre sus hombros? Todas estas cosas las sabia yo, porque las vecinas me las venian á contar; pero no eran justas, pues lo que á Pepita la hacia notable no eran sus vestidos ni sus galas, sino sus gracias. Iba bien vestida, pero sin lujo, y con modestia. Solo que tenia tal resplandor su hermosura que hacia lucir sus ropas: aunque se la hubiese vestido de negro, no se habria conseguido apagar la luz que despedian sus ojos, y su boca, y su cutis, y su ademan, y toda ella. La sucedia lo que al gusano de seda; cuanto mas se la ponía á la sombra, mas se la veía. Ni ella lo podia remediar, ni yo tampoco. Algunas veces volvia de pasear por los prados, á donde habia ido con sus primas, toda confusa, y no queria salir ya más por la tarde. Me decía en broma: «Esto me incomoda, como vosotras os incomoda.» El qué, Pepita? «Que toda la gente se viehe detras de mí como si fuese un animal curioso; y todos se quedan cuchicheando despues que he pasado.» A mí no me sucedia lo mismo, pues en el fondo aquello me causaba vanidad. Dios me ha castigado bien por la complacencia que tenia en aquella hermosa niña.

— Sin embargo, Pepita era muy buena y muy modesta. Verdad es que le gustaba bailar, y que, cuando sus primas venían á buscarla los domingos por la tarde, ó aquellos días en que se celebraba en la vecindad alguna boda, se ponía fuera de sí de alegría. Era inocente; pero el movimiento, la música, el calor, el vals, la algazara, la embriagaban. Cuando volvía á media noche, después de haberla acompañado hasta la puerta sus tías ó sus primas, no podía conseguir que se durmiera, en razón de que seguía walsando en su imaginación á mi lado.

— Esta era su falta; no la conocí jamás otra. Era harto sencilla, ¿no es verdad, señor? Porque lo cierto es que los pies están ligeros cuando el corazón está vacío, y que cuando el aire sopla se levanta el polvo. Y, sin embargo, esto es lo que la ha perdido.

— ¿Cómo! ¿perdido? exclamé.

— ¡Ay! sí, señor, vais á saberlo: y á mí también.

— Seguí escuchando con mayor atención.

— Estábamos en la primavera de 18... un escuadrón de cazadores hallábase acantonado en Voiron para vigilar la frontera. ¡Ah, qué hermoso regimiento era aquel! Todos sus individuos eran jóvenes como vos sois ahora, altos, bien formados, de buen talle, de colores frescos, de bigotes negros, con cinturones de cuero charolado, con casacas verdes galoneadas del negro, cascos que relucían al sol, como el gallo del campanario de Voiron, y de los cuales caían unas crines sobre los cuellos de los soldados, que movidas por el viento cuando corrían, se asemejaban á las colas de sus caballos blancos. Estaban soberbios cuando maniobraban los días de revista en los prados, yendo, viniendo, corriendo, ga-

lopando con el sable en la mano, al ruido de sus trompetas, á la voz de su comandante. Parecían un río de acero fundido, inundando los prados. Toda la gente concurría á verlos. Se les quería en el pueblo, porque los militares son buenos para los habitantes, aun cuando sean terribles para los enemigos; estaban alojados en casa de los artesanos y de los señores, sin que unos ni otros se quejasen de ellos; al revés, todos se decían: «Mi hijo estará acaso como estos en casa de algun pobre en otra frontera. Hay que cuidar bien á un soldado, para que otros cuiden también á mi hijo; es justo. Alojamiento, fuego, luz, vino blanco, y además la amistad, todo se les daba con buena voluntad.

— A nosotros no nos habían echado alojado, haciéndose el cargo de que éramos dos jóvenes y de que solo teníamos un cuarto detrás de la tienda. El ayuntamiento nos tenía consideración.

— Todo se reducía á tener que cuidar un par de sábanas.

Un día volviendo de la revista... razón tienen los que dicen que si le faltase un solo clavo, el mundo no podría andar bien... un día, volviendo de la revista, pasaba un joven sargento al frente de su peloton al gran trote con el sable en la mano. El clavo de una de las herraduras de su caballo se desprendió no sé cómo, la herradura empezó á dar vueltas, el caballo habiendo tropezado en ella cayó al suelo, arrojando al jinete diez pasos mas adelante, contra el banco de piedra de nuestra tienda y pasando por encima de él: nosotras dimos un grito. El peloton, puesto á la carrera no se puede detener, los caballos saltan por encima de su jefe derribado: al levantarse se le encuentra lleno de sangre, no daba señales de vida, se le creyó muerto y hubieron de colocarle sobre el banco de piedra. A Pepita y á mí nos daba lástima, y llorábamos aun cuando no le conocíamos; era tan buen mozo: no aparentaba los veinte años; con los ojos cerrados, la frente partida en dos por una herida, de que chorreaba la sangre sobre sus mejillas blancas, pelo negro como la crin de su casco, aunque mas fino,

facciones finas, como una doncella! En una palabra, era un hijo de familia que servia voluntariamente, y al cual habian graduado de sargento desde luego para ascenderle á oficial á los pocos meses. ¡Ah! tenia que ver el cariño que le profesaban sus soldados! Todos lloraban, le desabrocharon la casaca, le quitaron el corbatin, le abrieron por el pecho la camisa de rico lienzo, le echaron agua sobre su cara pálida, y fueron á llamar al cirujano mayor. Vino este, le tomó el pulso, y dijo:

—No es nada; entradle con mucho cuidado en esa casa, y ponédle sobre una cama, que le voy á hacer la cura.

Entonces no me atreví á decirlo por temor de provocar á los soldados, pero la verdad es que yo me alegré mucho y Pepita tambien: aun cuando aquel hermoso jóven militar hubiese sido nuestro propio hermano no nos habria causado mayor pena su caida, su desmayo, su palidez y su herida. Abrimos la puerta de nuestra habitacion y dos soldados le llevaron á la cama.

—Todo se reducirá á tener que mudar un par de sábanas —dije á Pepita.

Nos retiramos temblando á la tienda mientras se hacia la cura. Pero nos quedamos escuchando detras de la puerta, y cuando oímos suspirar al enfermo y que preguntaba al cirujano mayor: «¿En dónde estoy?» oímos tambien que éste le respondia: «En casa de unas buenas mujeres, querido Séptimo.» (Se llamaba Séptimo de...). No salgais de aquí en algunos dias, tenéis el hombro dislocado y algunas descalabraduras en la cabeza, con cierta alteracion que hay que calmar por medio de una quietud completa. Seria peligroso trasladaros en este momento; pero en el término de quince dias ya podreis montar á caballo. Voy á daros parte. Adios.

El cirujano me rogó que no hiciese ruido, y me prohibió al propio tiempo que le diese ninguna otra cosa que agua con algunas gotas de un licor que me dejó. Tomé el mayor interes en la asistencia de aquel jóven que la Providencia me habia enviado. Entonces dije á Pepita:

—Irás á dormir á casa de tu tia Mariquita, en compañía de tu primo; yo me quedaré para velar con los que hacen la guardia al enfermo.

Se hizo de este modo. Desempeñé por espacio de ocho dias el oficio de asistenta de Séptimo que era amable y agradecido.

LIV. Al cabo de algunas semanas...

Al amanecer venia Pepita de casa de su tia, para trabajar conmigo y estar en el mostrador. A menudo pedia permiso al herido para pasar por su cuarto, de camino que iba á coger su lienzo, su hilo, sus tijeras y su dedal de su armario. El jóven la miraba y la pedia le perdonase haberla ocupado de tal manera su habitacion: ella no hacia mas que bajar la vista y decirle:

—Nosotros, señor, nos alegramos de que os halleis bien en nuestra casa: podeis continuar vuestra curacion por todo el tiempo que querais, con tranquilidad; solo sentimos que el cuarto no sea mas decente y la cama mejor.

Luego salia ruborizada y temblorosa, y me decia: —Mr. Séptimo está bien; ha vuelto á su color natural.

—¿Le has mirado? —preguntaba yo. —No; pero le he visto —me respondia.

Y continuamente tenia olvidada alguna cosa que la obligaba á ir de nuevo á andar en el armario.

—Eres una aturdida, Pepita —la decia yo —¿no ves que incomodas al herido por cualquier tontería?

—¡Oh no! —me replicaba —no manifiesta incomodarse por esto; no se ha quejado ninguna vez; parece tan bondadoso! Poco há me dijo: señorita, tengo una hermana parecida á vos; cuando pasais experimento una ilusion; me imagino estar en casa de mi madre. Sin embargo —ha añadido —no es tan hermosa como vos!

Esto empezaba á alarmarme; pero por otra parte, me decia: Pronto concluirá todo; antes de diez dias sanará el enfermo, el regimiento va á marchar, y Pepita no se acordará ya mas de mon-